

rerías. El walf de Lérida Abdelmelik tomó abiertamente partido en favor de Hafsún, y le entregó la ciudad. Lo mismo hicieron los alcaides de otras poblaciones y fortalezas. De modo que el menestral de Ronda, el jefe de bandidos de Trujillo, se vió en poco tiempo dueño de una parte considerable de la España oriental y de gran número de ciudades y castillos, con lo que mas y mas envalentonado, recorrió las riberas del Ebro y fértiles campiñas de Alcañiz, engrosando sus filas con todos los descontentos, fuesen cristianos, judíos ó musulmanes.

Sobresaltado Mohammed con tan seria insurrección, y no pudiendo desatender las fronteras del Duero, continuamente invadidas é inquietadas por los cristianos de Ordoño, trató primeramente, y antes de emprender operaciones contra el rebelde Hafsún, de asegurarse al menos de la neutralidad del imperio franco, á cuyo efecto envió á Carlos el Calvo embajadores con ricos presentes y con proposiciones de paz y amistad. Carlos, á quien hallamos siempre dispuesto y poco escrupuloso en firmar paces y alianzas con todo género de enemigos, no desechó tampoco la propuesta del emir, y despachó á su vez á Córdoba mensajeros encargados de acordar las bases de la pacificación, los cuales, desempeñada su misión, volvieron llevando consigo, en testimonio de las buenas disposiciones de Mohammed, camellos cargados con pabellones de guerra, ropas y telas de diferentes clases, y artículos de perfumería, que el nieto de Carlo-Magno recibió gustoso en Compiegne. Despues de lo cual juntó Mohammed el mas numeroso ejército que pudo, haciendo concurrir á todos los hombres de armas de Andalucía, Valencia y Murcia, resuelto á dar un golpe de mano decisivo al rebelde Hafsún. Su hijo Almondhir quedó encargado de la frontera de Galicia con las tropas de Mérida y de Lusitania, y él con su nieto Zeib ben Cassim marchó hácia el Ebro con toda la gente.

Temeroso Hafsún de no poder competir con fuerzas tan considerables, recurrió á la astucia, ó mejor dicho, á la falsía y al engaño, pero engaño mañosamente urdido para hombre de tan humilde extracción. Escribió, pues, al emir, haciéndole mil protestas, al parecer ingenuas, de obediencia y sumisión, y jurando por cielos y tierra que todo cuanto hacia era un artificio para engañar á los enemigos del Islam; que á su tiempo volvería las armas contra los cristianos y malos musulimes; que le diese al menos el gobierno de Huesca ó de Barbastro, y vería cómo oportunamente y de improviso daba á los enemigos el golpe que tenia pensado. Cayó completamente Mohammed en el lazo, creyó las palabras arteras del rebelde, ofrecióle para cuando diese cima á sus planes no solo el gobierno de Huesca sino el de Zaragoza, envió una parte del ejército, como innecesario ya, á las fronteras de Galicia á reforzar el de Almondhir, encomendó á su nieto Zeid ben Cassim la expedición proyectada de acuerdo con Hafsún, y él regresó camino de Córdoba.

Incorporáronse las tropas de Zeid con las de Hafsún en los campos de Alcañiz: con las demostraciones mas afectuosas acamparon llenas de confianza junto á los que creían sinceros aliados. Mas cuando se hallaban entregadas al reposo de la noche, los soldados de Hafsún se echaron traídoramente sobre los de Zeid, y degollaron alevosamente á los mas, incluso el mismo Zeid ben Cassim, que murió peleando valerosamente antes de cumplir diez y ocho años. El emir, todos los caudillos de su guardia, todos los walfes de Andalucía, juraron vengar acción tan aleve; Mohammed lo escribió á su hijo Almondhir, el cual recibió los despachos de su padre en tierras de Alava, é inmediatamente hizo leer su contenido á todo el ejército. La indignación fué general; caudillos y soldados, todos pedían ser llevados sobre la marcha á castigar la negra perfidia de Hafsún. De Córdoba y Sevilla se ofrecieron muchos voluntarios á tomar parte en aquella guerra de justa venganza.

Partió, pues, Almondhir con su ejército de sirios y árabes, ardiendo todos en cólera. Los rebeldes habian vuelto á atrincherarse en los montes y en la fortaleza de Roda, que era, dice un autor musulman, el nido del pérfido Hafsún. Allí salió á rechazarlos el intrépido Abdelmelik, el walf de Lérida, que se habia incorporado á Hafsún. A pesar de las ventajas

que le daba la posición, los andaluces pelearon con tal coraje, que sus espadas se saciaron de sangre enemiga. Abdelmelik escapó herido con un centenar de los suyos, y se refugió en el castillo de Roda. La noche suspendió la matanza. Al dia siguiente los soldados de Almondhir atacaron la fortaleza sin que les detuvieran las breñas y escarpados riscos que la hacían al parecer inaccesible. Todo lo allanaron aquellos hombres frenéticos, si bien á costa tambien de no poca sangre: Abdelmelik, aunque herido, peleó todavía hasta recibir la muerte, y su cabeza fué cortada para presentarla á Mohammed; muchos rebeldes se precipitaron en las rocas: Hafsún logró escapar á los montes de Arbe, aconsejó á sus secuaces que se sometiesen al vencedor para conjurar su justa saña, y repartiendo sus tesoros entre los que le habian sido mas fieles, desapareció, dicen, en aquellas fragosidades. La victoria de Almondhir intimidó toda la comarca, y apresuráronse á ofrecerle su obediencia las ciudades de Lérida, Fraga, Ainsa, y todas aquellas tierras (866). Almondhir victorioso se volvió á Córdoba, donde fué obsequiado con fiestas públicas.

En este año, que fué el de 866, falleció el rey Ordoño en Oviedo, muy sentido de sus súbditos, así por su piedad y virtudes, como por haber engrandecido el reino y héchole respetar de los musulmanes, con los cuales tuvo otros reencuentros en que salió victorioso, y cuyos pormenores y circunstancias no especifican las crónicas. Ordoño habia reedificado muchas ciudades destruidas mas de un siglo hacia, y entre ellas Tuy, Astorga, Leon y Amaya, y levantado multitud de fortalezas al Sur de las montañas que servían como de ceñidor al reino, y acrecido este en una tercera parte del territorio. Reinó Ordoño poco mas de diez y seis años, y fué sepultado en el panteon destinado á los reyes de Asturias (1).

CAPITULO XII

Almondhir y Abdallah en Córdoba: Alfonso III en Asturias

DE 866 Á 912

Proclamación de Alfonso III el Magno.—Breve usurpación del conde Fruela.—Su castigo.—Primeros triunfos de Alfonso sobre los árabes.—Casa con una hija de García de Navarra.—Consecuencias de este enlace para los navarros.—Conjuración de los cuatro hermanos de Alfonso.—Brillantes victorias de este sobre los árabes: en Lusitania; en Zamora.—Calamidades en el imperio musulman.—El rebelde Hafsún y su hijo.—Batalla de Aybar, en que perece García de Navarra.—Condes de Castilla y Alava.—Fundación de Burgos.—Tratado de paz entre Mohammed de Córdoba y Alfonso de Asturias.—Conspiraciones en Asturias descubiertas y castigadas.—Misteriosa muerte de Mohammed.—Breve reinado de Almondhir.—Famosa rebelión de Ben Hafsún.—Emirato de Abdallah.—Complicación de guerras y sediciones.—Campanias felices de Abdallah.—Renueva la paz con Alfonso de Asturias.—Sus consecuencias para uno y otro monarca.—Conjuranse contra Alfonso la reina y todos sus hijos.—Magnánima abdicación de Alfonso.—Repartición de su reino.—Primer rey de Leon.—Origen y principio del reino de Navarra.—Origen y principio del condado independiente de Barcelona.

Catorce años solamente tenia Alfonso, el hijo de Ordoño, cuando su padre le asoció ya al gobierno del reino. Diez y ocho años cumplia cuando en mayo de 866 entró á reinar solo bajo el nombre de Alfonso III, confirmando los prelados y próceres la voluntad de su padre (2). Parecía haberse contaminado el

(1) El Albeldense le da el bello nombre de *padre del pueblo*. Con él acabó su crónica el obispo Sebastian de Salamanca, y empieza la suya el obispo Sampiro de Astorga.

(2) Mariana, en su empeño de hacer desde el principio hereditaria la corona de Asturias, contra todos los datos históricos, no podia dejar de decir que pertenecía de derecho á Alfonso, por ser el mayor de los hermanos. El trono de la restauración no era mas hereditario que el de los godos: lo que hacían los monarcas era asociarse en vida aquel de sus hijos que querían les sucediese, para allanar así el camino á la elección, y el clero y la nobleza solían condescender con la voluntad del padre cuando no habia un motivo poderoso para excluir al hijo. Así tácitamente y por consentimiento se fué haciendo el trono hereditario, como lo iremos viendo.—En cuanto á las variantes que se notan en la cronología del tercer Alfonso entre las crónicas de Albelda, de Sampiro y del Silense, parecemos que las concierta cumplidamente el erudito Risco en la España Sagrada, tom. 37, capítulo 25, á quien seguimos.

reino de Asturias con el ejemplo del de los árabes, pues nunca faltaba ya ó algun magnate ó algun pariente del rey electo que le disputara la posesión del trono. Esto hizo con el tercer Alfonso el conde Fruela de Galicia, que puesto á la cabeza de un ejército marchó atrevidamente sobre Asturias, y hallando desapercibidos á los nobles y al rey, penetró en Oviedo y se apoderó del palacio y de la corona, teniendo el joven Alfonso que huir á los confines de Castilla y de Alava, como en otro tiempo y por igual motivo habia tenido que hacerlo Alfonso II. De brevísima duración fué su ausencia, porque volviendo pronto en sí los nobles asturianos, irritados contra el usurpador, asesinaron una noche á Fruela en su palacio, llamaron á Alfonso, y volvió el joven príncipe á tomar posesión del trono que le pertenecía con gran contentamiento del reino.

Si en esto se asemejó el principio de su reinado al de su abuelo Ramiro, parecióse al de su padre Ordoño en haber tenido que hacer el primer ensayo de sus armas en reprimir una insurrección de los alaveses, siempre inquietos y mal avenidos con la dominación de los reyes de Asturias. La presencia y resolución del joven monarca, que voló á apagar aquel incendio, desconcertó á los sublevados, que astudados ó arrependidos, le prometieron obediencia y fidelidad, y el autor de la sedición, el conde Eilon, prisionero y cargado de cadenas, fué llevado por Alfonso á Oviedo y encerrado allí en un calabozo, donde acabó sus dias (1). El gobierno de Alava fué confiado al conde *Vigila* ó Vela Jimenez (867).

Aunque de pocos años Alfonso, y teniendo por rival á un príncipe tan avezado á los combates, tan valeroso y resuelto como Mohammed de Córdoba, estaba destinado á dar un gran impulso á la restauración española y á merecer el renombre de *Magno* que se le aplicó y con que le conoce la posteridad. Una escuadra musulmana á las órdenes de Walid ben Abdelhamid se habia dirigido á Galicia. Al abordar á la desembocadura del Miño desencadenóse una borrasca, de cuyas resultas se perdieron ó estrellaron casi todos los buques, pudiendo apenas el almirante Walid regresar por tierra á Córdoba, no sin riesgo de caer en manos de los cristianos. Alentado el rey de Oviedo con este desastre, atrevióse á pasar el Duero y tomó á Salamanca y Coria. Verdad es que no pudo conservarlas, porque los walfes de la frontera se entraron á su vez por el territorio cristiano; pero en cambio, habiéndose internado mas de lo que la prudencia aconsejara, se vieron de improviso acometidos y envueltos en terreno donde no podia maniobrar la caballería, y una terrible matanza fué el castigo de su temeridad. Los árabes no disimularon su consternación, y Alfonso se retiró tranquilo y triunfante á su capital (868).

Fueron los árabes, capitaneados por el príncipe Almondhir, á probar mejor fortuna por la parte de Afranc y montes Alabaskenses. Tampoco fueron felices en esta expedición. Almondhir intentó, pero no pudo tomar á Pamplona, defendida por García, hijo del otro García el yerno de Muza. Levantó, pues, el sitio, y dirigió sus huestes sobre Zaragoza, resuelto á

castigar al viejo Muza que aun se mantenía allí. Prolongóse el sitio por todo el año, hasta que habiendo ocurrido la muerte de Muza, nó sin sospechas de haber sido ahogado en su misma casa, se rindió la ciudad (870). Pero el espíritu de rebelión estaba ya como encarnado en el corazón de los musulmanes españoles, y á pesar de la muerte trágica de Muza, y de la rendición de Zaragoza, otra sublevación estalló en la siempre inquieta Toledo. Dirigióla Abdallah, nieto del mismo Muza, é hijo de aquel Lupo que habia vivido en Asturias en compañía del rey Ordoño. Era hombre de ánimo y de experiencia, y los cristianos fomentaban aquella rebelión. Acudió Mohammed en persona como en tiempo de Lupo, y limitóse como entonces á sitiar la ciudad. Cuando Abdallah conoció que no podia resistir á las numerosas tropas del emir, salió con pretexto de reconocer el campo enemigo, y despachó luego comisionados aconsejando á los toledanos que se sometiesen á Mohammed. Poco faltó para que la plebe indignada despedazase á los enviados de Abdallah; con dificultad pudieron contenerla los hombres mas prudentes y de mas influjo; al fin, aunque de mala gana, vinieron á la capitulación y se estipuló la entrega de la ciudad á condicion de que se echaría un velo sobre lo pasado. Muchos generales aconsejaban al emir que hiciese demoler las murallas y torres de un pueblo en que se abrigaba gente tan indómita y discolá, y que sería un perpetuo foco de revolución; pero los hijos de Mohammed fueron de contrario parecer y prevaleció su dictámen (2).

Realizóse en este tiempo un suceso que habia de ejercer grande influjo en la posición respectiva de los cristianos entre sí y en sus relaciones con los musulmanes. Los vasconos navarros, que desde la derrota del ejército de Luis el Benigno en 824 en Roncesvalles habian sacudido la tutela forzosa en que querían tenerlos los monarcas francos, se habian sostenido en una situación no bien definible, ni enteramente sujetos á los reyes de Asturias, ni del todo independientes, aliándose á las veces con los sarracenos para libertarse del dominio, ya de los cristianos de Aquitania, ya de los de Asturias, y gobernábansese por caudillos propios, condes ó príncipes, que ejercían entre ellos una especie de autoridad real. Los monarcas asturianos solían domeñarlos de tiempo en tiempo, pero manteníase siempre viva una rivalidad funesta para los dos pueblos, y funesta tambien para la causa del cristianismo. Ejercía esta especie de soberanía en aquel tiempo aquel García gobernador de Pamplona y de Navarra, hijo del otro García Inigo, acaso el conocido con el sobrenombre de *Arista*. Viendo Alfonso III la dificultad de someter á García, y deseoso de robustecer el poderío de los cristianos, hizo con él una alianza política, que quiso afianzar con los lazos de familia, y pidió y obtuvo como prenda de seguridad la mano de su hija Jimena. De este modo esperaba reunir todas las fuerzas cristianas de España contra el comun enemigo. De cuyo principio nace que los caudillos, condes ó soberanos del Pirineo, comenzaran á obrar como reyes, considerando como separados de la corona de Asturias los territorios de Pamplona y Navarra, que hasta entonces se habian mirado como anexos, agregados ó dependientes (3).

Hácia esta época se refiere la conjuración que al decir del cronista Sampiro tramaron contra el trono y la vida de Alfonso sus cuatro hermanos ó parientes, Fruela, Nuño, Veremundo y Odoario; conjuración que castigó el monarca haciendo sacar á todos cuatro los ojos, horrible pena que las bárbaras leyes de aquel tiempo autorizaban; añadiendo el obispo cronista la circunstancia difícilmente creible, de que Veremundo ó Bermudo, ciego como estaba, logró fugarse de la prisión de Oviedo, y refugiándose en Astorga, se mantuvo independiente en esta ciudad por espacio de siete años, aliado con los sarracenos (4).

Si fueron estas disensiones domésticas las que animaron al príncipe Almondhir á penetrar en los Estados de Alfonso, engañáronle sus esperanzas, pues pronto las márgenes del pe-

(2) Conde, cap. 54.

(3) Sampiro, Chron. c. 1.—Rózase esto con el oscuro y cuestionado origen del reino de Navarra, de que volveremos á hablar luego.

(4) Id. l. c.

(1) Sampiro, Chron. p. 838.—La tradición vascongada supone que apenas regresó Alfonso á Oviedo los habitantes de Vizcaya, provincia entonces comprendida en Alava, se rebelaron contra Alfonso, y congregados so el árbol de Guernica nombraron por su señor ó *jaona* á uno de sus compatriotas llamado *Zuria*: que Alfonso despachó á Odoario á sofocar esta nueva insurrección, y que habiendo encontrado á los sediciosos en la aldea de *Padura*, no muy léjos del sitio donde mas adelante se edificó Bilbao, se empeñó un sangriento combate, en que las tropas reales quedaron completamente derrotadas y muerto su jefe: que en memoria de tan señalado suceso el lugar de Padura tomó el nombre de *Arrigorriaga*, que en la lengua del país significa *pedras bermejas*, aludiendo á la mucha sangre de que quedó teñido: que Alfonso ocupado en otras guerras no pudo ó no cuidó de vengar esta derrota, y que de aquí data la independencia del señorío de Vizcaya, suponiendo á los señores de la tierra descendientes y sucesores de *Zuria*. Mas como todas estas relaciones no se apoyan en documento alguno histórico de que tengamos noticia, nos contentamos con indicarlas sin admitirlas.—Sobre esto y sobre los demás precedentes en que pretenden los vizcaínos apoyar la antigüedad de su señorío, trató de propósito el erudito Llorente, *Noticia de las Provincias Vascongadas*, tom. I, cap. 9.—Todo esto acogió con su acostumbrada sinceridad el P. Mariana, y además supone un señor de Vizcaya nombrado Zenon, descendiente de Eudon, duque de Aquitania, de que no nos habla escritor alguno de aquellos tiempos.

queño río Cea que riega los campos de Sahagun quedaron enrojecidas con la sangre de los mas bravos caballeros musulmes de Córdoba y de Sevilla, de Mérida y de Toledo (873). Limitáronse con esto los árabes por algunos años á guardar sus fronteras, si bien no pasaba día, dicen sus crónicas, en que no hubiese vivas escaramuzas entre los guerreros de uno y otro pueblo. Y hubiéranse sido muy ventajoso mantenerse en aquel estado de defensiva, puesto que habiendo tenido Almondhir la temeridad de penetrar mas adelante en Galicia, país (dice su historiador biógrafo) el mas salvaje y el mas aguerrido de los pueblos cristianos, no solo le rechazó Alfonso hasta sus dominios, sino que invadiéndolos á su vez, tomó el castillo de Deza y la ciudad de Atienza, arrojó á los musulmanes de Coimbra, de Porto, de Auca, de Visé y de Lamego, empujándolos hasta los límites meridionales de la Lusitania, y poblando de cristianos aquellas ciudades (876). En una de estas expediciones fué hecho prisionero el ilustre Abuhálid, primer ministro de Mohammed, que rescató su libertad á precio de mil sueldos de oro, teniendo que dejar en rehenes hasta su pago á un hijo, dos hermanos y un sobrino (1). Tampoco fué mas dichoso Almondhir en el ataque de Zamora. Alfonso habia fortificado y agrandado esta pequeña ciudad del Duero. La importancia que con esto habia tomado movió al príncipe musulmán a ponerle sitio en 879. Apurada tenia ya la ciudad cuando supo que el rey de Asturias venia en su socorro con numeroso ejército. Y como durante el sitio se hubiera eclipsado una noche totalmente la luna, tomaron los supersticiosos musulmanes por mal agüero, y cuando salieron al encuentro de Alfonso, y Almondhir los ordenó en batalla para la pelea, negábanse todos á combatir, y costó gran trabajo y esfuerzo al príncipe Omniada y á sus caudillos hacer entrar en órden á los atemorizados musulmes.

Vinieron por último á las manos los dos ejércitos en los campos de Polvararia, orillas del Orbigo, no lejos de Zamora. Tambien aquellos campos como los de Sahagun quedaron tintos de sangre agarena: quince mil mahometanos degollaron allí los soldados de Alfonso, y á excitacion y por consejo de Abuhálid, el que habia estado antes prisionero, se ajustó una tregua de tres años entre cristianos y musulmanes. Entonces fué cuando Alfonso sometió tambien á Astorga, y obligó á su hermano Bermudo el ciego á huir de la ciudad y buscar un asilo entre los árabes sus aliados (2).

Al terminar aquel armisticio (881) ocurrió en el Mediodía y Occidente de España un suceso, que aunque ajeno á las guerras, influyó de tal modo en los supersticiosos espíritus de los musulmanes que los sumió en el mayor abatimiento. Un escritor arábigo lo refiere en términos tan sencillamente enérgicos, que no haremos sino copiar sus mismas palabras. «En el año 267 (dice), día juéves, 22 de la luna de Xaval (25 de mayo de 881), tembló la tierra con tan espantoso ruido y estremecimiento, que cayeron muchos alcázares y magníficos edificios, y otros quedaron muy quebrantados; se hundieron montes, se abrieron peñascos, y la tierra se hundió y tragó pueblos y alturas; el mar se retiró de las costas y desaparecieron islas y escollos. Las gentes abandonaban los pueblos y huían á los campos, las aves salian de sus nidos, y las fieras espantadas dejaban sus grutas y madrigueras con general turbacion y trastorno: nunca los hombres vieron ni oyeron cosa semejante: se arruinaron muchos pueblos de la costa meridional y occidental de España. Todas estas cosas influyeron tanto en el ánimo de los hombres, y en especial en la ignorante multitud, que no pudo Almondhir persuadirles que eran cosas naturales, aunque poco frecuentes, que no tenían influjo ni relacion con las obras de los hombres ni sus empresas, sino por su ignorancia y vanos temores, que lo mismo temblaba la tierra para los musulmes que para los cristianos, para las fieras que para las inocentes criaturas.»

No se habian recobrado los árabes del espanto que les causara tan terrible terremoto, cuando una tormenta de otro género se desgajó sobre ellos de los riscos de Afranc, y montes de Albortat, de las breñas de Aragon y de Navarra. Aquel

(1) Cron. Albeld. n. 61 y 62.—Conde, cap. 55.

(2) Conde, cap. 52.—Albeldens. n. 62 y 63.—Sampir. Cron. n. 3.

Hafsún el antiguo capitán de bandoleros, el gran revolucionario de Roda y Ainsa, el que engañó á Mohammed y degolló traídonamente á su nieto Zaid ben Cassim y á sus tropas en los campos de Alcañiz, y á quien vimos despues desaparecer solo en las fragosidades de las montañas de Arbe, reaparece al frente de innumerables huestes, y descolgándose de los bosques que le sirvieron de guarida, recorre todo el país hasta el Ebro: los walies de Huesca y Zaragoza intentan detener en Tudela el curso de este torrente, y son arrollados por la impetuosa muchedumbre. El rey de Navarra, García Íñiguez, con sus cristianos, marcha ahora incorporado con el intrépido Hafsún. Mohammed lo sabe y se pone en movimiento con su caballería: reúnenle todos los mejores caudillos árabes, cada cual con las tropas de su mando; sus dos hijos Almondhir y Abu-Zeid, padre este último del desgraciado Zeid ben Cassim, Ebn Abdelrúf y Ebn Rustan, son los que guían el grande ejército que marcha contra los confederados. Temiendo estos venir á batalla con tan formidable hueste, se retiran precipitadamente á sus montañas; pero en esta ocasion, dice arrogantemente un escritor árabe, «las montañas eran para los musulmes iguales á las llanuras.» Un día, á primera hora de la mañana, encuentran á los enemigos tan cerca, que les fué imposible á estos dejar de aceptar el combate. Era en un lugar llamado Larumbe en el valle de Aybar (Eibar llaman otros), de donde tomó el nombre la batalla. Peleóse bravamente de una parte y otra; mas declaróse el triunfo por los árabes, y los campos quedaron regados con sangre cristiana. El rey García Íñiguez murió en la pelea, y Hafsún quedó mortalmente herido, de cuyas resultas murió, como veremos despues. Gran triunfo fué el de Aybar para los musulmanes. Almondhir permaneció en la frontera hasta el fin del año 882, y Mohammed regresó á Córdoba, donde fué recibido como acostumbraban serlo los triunfadores.

Entre tanto, cumplido el plazo de la tregua, distraído Mohammed por la parte de Navarra, y no pudiendo las armas de Alfonso permanecer ociosas, éntrase el rey de Asturias por tierras enemigas, pasa el Guadiana á diez millas de Mérida, avanza hasta las ramificaciones de Sierra-Morena, encuentra allí un cuerpo sarraceno, le derrota, mata algunos millares de enemigos, y regresa victorioso á sus montañas. Por primera vez desde el tiempo de la conquista hollaron plantas cristianas aquellas cordilleras: ningún príncipe se habia atrevido á llevar tan adentro sus estandartes.

La derrota de Aybar, aunque terrible, no escarmentó todavía á los parciales de Hafsún. Y aunque el famoso caudillo sucumbió á los pocos meses de resultas de sus graves heridas, quedábale un hijo, heredero de los odios de su padre y de su tribu. Quedaban tambien los hijos de Muza el renegado, Ismail y Fortun, que aun retenian á Zaragoza y Tudela; todos enemigos de Mohammed. Por otra parte aquel Abdallah, hijo de Lupo, antiguo gobernador de Toledo, celoso de las relaciones que habia entre el rey de Asturias y los hermanos Ismail y Fortun, se desprendió de la alianza de aquel, y buscó la del emir de Córdoba, que con este arriño se creyó bastante fuerte para acometer las posesiones de Alfonso en Alava y Rioja. Pero inútilmente atacó el castillo de Celorico, que defendió briosamente el conde de Alava, Vela Jimenez. Tampoco pudo rendir á Pancorbo, que defendia el conde de Castilla Diego Rodríguez, por sobrenombre Porcellos, y solo pudo tomar á Castrojeriz, que el conde Nuño habia abandonado por no hallarse en estado de defensa.

Corrióse luego Almondhir hácia la comarca de Leon, y entró en Sublancia, abandonada por sus moradores. Pero la espada de Alfonso el Magno le amenazaba ya de cerca, y no creyéndose seguro el príncipe Omniada ni aun al abrigo de aquellos muros, retiróse á los Estados de su padre, batiendo de paso á Cea y Coyanza, destruyendo el monasterio de Sahagun, y dejando en la frontera á Abul-Walid, que negoció con Alfonso dos cosas, primeramente el rescate de su familia, que aun estaba en poder del monarca cristiano y que este generosamente le restituyó, despues una paz entre el emir y el rey de Asturias. Para acordar las bases de esta paz fué enviado por el monarca cristiano á Córdoba un sacerdote de Toledo llamado Dulcidio. Estipulóse muy solemnemente y despues

de muy madura deliberacion en 883 el tratado entre los dos príncipes, entrando en las condiciones una cláusula que revela bien el espíritu de aquella época, á saber, que los cuerpos de los santos mártires de Córdoba Eulogio y Leocricia habian de ser trasladados á Oviedo, lo cual se verificó con gran pompa y solemnidad. La paz pareció haberse hecho con sinceridad por parte de ambos soberanos, puesto que no se quebrantó ni en el reinado de Mohammed ni en los de sus dos hijos y sucesores. El uno de ellos, el ya célebre guerrero Almondhir, fué declarado aquel mismo año *alhadí* ó futuro sucesor de su padre y reconocido por todos los grandes dignatarios del imperio, segun costumbre (1).

Desde este tiempo quedaron incorporadas al reino de Asturias, Zamora, Toro, Simancas y otras poblaciones del Pisuerga y del Duero que se iban ya haciendo importantes. Se aseguró al rey de Oviedo la posesion del condado de Alava, cuyas fronteras solian invadir los árabes frecuentemente, y para mas asegurarlas encomendó Alfonso al conde Diego Rodríguez la fundacion del castillo y ciudad que con el nombre de Burgos habia de adquirir mas adelante tanta celebridad histórica (2). Nada descuidaba el grande Alfonso, y preparándose en la paz para la guerra como previsor y prudente monarca, hizo construir en Asturias una línea de castillos ó palacios fortificados, ya en el litoral, como el de Gauzon, que aun conserva hoy su nombre, fabricado sobre altas peñas á la orilla del mar cerca de Gijon, ya en el interior, como los de Gordon, Alba, Luna, Arbolio, Boides y Contrucees, que todos llegaron á tener importancia histórica (884).

Mas al tiempo que en tan útiles obras se ocupaba, fraguábase contra él en su mismo reino conspiraciones inmerecidas é injustificables. La de Hano, magnate de Galicia, que intentaba asesinarle, fué oportunamente descubierta, condenado el autor á la horrible pena de ceguera, y confiscados sus bienes y adjudicados á la iglesia de Santiago. Al año siguiente (885) levantóse otro rebelde nombrado Hermenegildo: su muerte no impidió á su esposa Hiberia, mujer resuelta y varonil, continuar al frente de los sublevados, que recibieron el condigno castigo, y sus haciendas fueron igualmente á acrecer las rentas de la basílica compostelana. Y no tuvieron por fortuna otro éxito algunas conjuras que adelante se formaron, si se exceptúa la de sus propios hijos que á su tiempo habremos de referir. Necesitamos ahora volver al imperio árabe.

Abdallah ben Lopia habia vencido á sus dos tíos Ismail y Fortun, retenia prisionero á uno de ellos, y habia llegado á formarse un Estado en el Ebro superior. Mas como en su desvanecimiento hubiese negado la obediencia al emir, hallóse con dos poderosos monarcas por enemigos, el de Córdoba y el de Asturias, que no le dejaba reposar. Vióse, pues, forzado á solicitar con humillacion las mismas amistades de que antes orgullosa y deslealmente se apartara. Pedíasele con importunidad á Alfonso de Asturias, negábasele este con justo teson, y cuando el monje de Albelda acabó su crónica en 883 la terminó con estas palabras: «El susodicho Abdallah no cesa de enviar legados pidiendo á nuestro rey paz y gracia al mismo tiempo; pero todavía Dios sabe lo que será.» Infiérese no obstante que al fin la otorgaria el rey, puesto que no vuelve á hablarse de guerra entre los dos.

En este mismo año ofrecióse otra prueba de lo inextinguibles que eran los odios y las venganzas entre los musulmanes. Un hijo del rebelde Hafsún, llamado Caleb, sediento de vengar la muerte de su padre, descendió de las montañas de Jaca al frente de numerosos parciales, y por espacio de tres años hizo por toda la izquierda del Ebro una guerra viva á las tropas del emir, derrotándolas en mas de una ocasion, y llegando á hacerse dueño de todo el país oriental comprendido entre Zaragoza y la Marca franco-hispana, donde le daban el título de rey. Así las cosas, ocurrió en Córdoba la muerte del emir Mohammed, que las crónicas musulmanas refieren de un modo esencialmente oriental. «Los mas grandes cacemientos (dicen) como los mas leves, el hundimiento

(1) Albeld. n. 76.—Risco, Esp. Sagr. tom. 37.—Conde, cap. 57.

(2) Chron. Burg.—Florez, Esp. Sagr. tom. 22.—Annal. Complut.

de una montaña como el movimiento y vida de una hoja de sauce, todo procede de la divina voluntad, y está escrito en la tabla de los eternos hados cómo y cuándo el soberano Señor lo quiere: así fué que el rey Mohammed, hallándose sin dolencia alguna y recreándose en los huertos de su alcázar con sus vazires y familiares, le dijo Haxem ben Abdela-ziz, walí de Jaen: «Cuán feliz condicion la de los reyes! para ellos solos es deliciosa la vida! para los demás hombres carece el mundo de atractivos! ¡qué jardines tan amenos! ¡qué magníficos alcázares! ¡y en ellos cuántas delicias y recreos! Pero la muerte tira la cuerda limitada por la mano del hado, y todo lo trastorna, y el poderoso príncipe acaba como el rústico labriego.» Mohammed le respondió: «La senda de la vida de los reyes está en apariencia llena de aromáticas flores, pero en realidad son rosas con agudas espinas; la muerte de las criaturas es obra de Dios, y principio de bienes inefables para los buenos: sin ella yo no seria ahora rey de España.» Retiróse el rey á su estancia, y se reclinó á descansar, y le alcanzó el eterno sueño de la muerte, que roba las delicias del mundo y ataja y corta los cuidados y vanas esperanzas humanas. Esto fué al anochecer del domingo 29 de la luna de Safar, año 273 (886 de J. C.), á los sesenta y cinco años de su edad, y treinta y cuatro y once meses de su reinado: tuvo en diferentes mujeres cien hijos, y le sobrevivieron treinta y tres: fué de buenas costumbres, amigo de los sabios, honraba á los alimes, hafitzes ó tradicionistas, etc. (3).»

Sucedióle su hijo segundo, el infatigable guerrero Almondhir, reconocido tres años hacia sucesor del imperio. Mientras el nuevo emir acudió de Almería, donde se hallaba cuando murió su padre, á tomar posesion del trono, el rebelde Caleb ben Hafsún se apoderaba de Zaragoza y Huesca, y juntando hasta diez mil caballos y contando con la proteccion de los cristianos de Toledo, marchó sobre esta ciudad, entró en ella, hizo proclamar rey, y tomó y guarneció los castillos de la ribera del Tajo. Así el hijo del antiguo artesano de Ronda, y del capitán de bandidos de Extremadura, se veia dueño y señor, con título de rey, de la mayor parte de la España oriental y central, desafiando el poder de la corte de Córdoba. A esta novedad congregó Almondhir todas las banderas de Andalucía y de Mérida, y envió delante á su primer ministro Haxem con un cuerpo de caballería escogida. Propúsole el astuto Ben Hafsún entregarle la ciudad y retirarse al Oriente de España, con tal que le facilitase las acémilas y carros necesarios para trasportar sus enfermos, aprestos y provisiones, pues de otro modo no podría hacerlo sin causar extorsiones á los pueblos, añadiendo que habia venido engañado por los cristianos de Toledo y por los malos musulmes.

Parecióle bien á Haxem, y con deseo de evitar una guerra sangrienta y de éxito dudoso, lo avisó al emir inclinándole á aceptar la proposicion. «Miraos mucho, le contestó Almondhir, en fiasos de las ofertas del astuto zorro de Ben Hafsún.» Hablaba Almondhir como hombre escarmentado, pues no podia olvidar la tragedia de los campos de Alcañiz, en que la flor de los musulmes valencianos habia sido víctima de la falsía de Hafsún. No bastó esta prevencion á desengañar á Haxem: la proposicion fué aceptada, y las acémilas enviadas á Toledo con una parte de sus soldados. Dióse principio á cargar en ellas los enfermos y provisiones, y salió Ben Hafsún con algunas de sus tropas de Toledo. El ministro del emir dióse por posesionado de la ciudad, licenció sus banderas, dejó una corta guarnicion en Toledo, y se volvió á Córdoba. Pero Ben Hafsún, digno hijo de su padre, y heredero de su doblez y de su perfidia como de su odio á los Omniadas de Córdoba, cargó entonces de improviso sobre los conductores de las acémilas, los degolló á todos sin dejar uno solo con vida, y volviendo á Toledo, donde habia dejado oculta una parte de sus tropas, de acuerdo con los parciales de aquella ciudad, ejecutó lo mismo con los soldados de Haxem, aseguró los fuertes del Tajo, y quedó campeando en todo el país.

Cuando la nueva de esta catástrofe llegó á Córdoba, bramó de cólera Almondhir, y haciendo prender á Haxem, y llevado que fué á su presencia, «Tú fuiste, le dijo, quien me aconsejó

(3) Conde, cap. 57.